



BLAS
MALO

DON
JUAN MANUEL
— EL —
GUARDIÁN
DE LAS
PALABRAS

NARRATIVAS HISTÓRICAS



edhasa

EL GUARDIÁN DE LAS PALABRAS

DON JUAN MANUEL



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición impresa: febrero de 2020

Primera edición en e-book: marzo de 2020

© Blas Malo, 2020

© de la presente edición: Edhasa, 2020

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

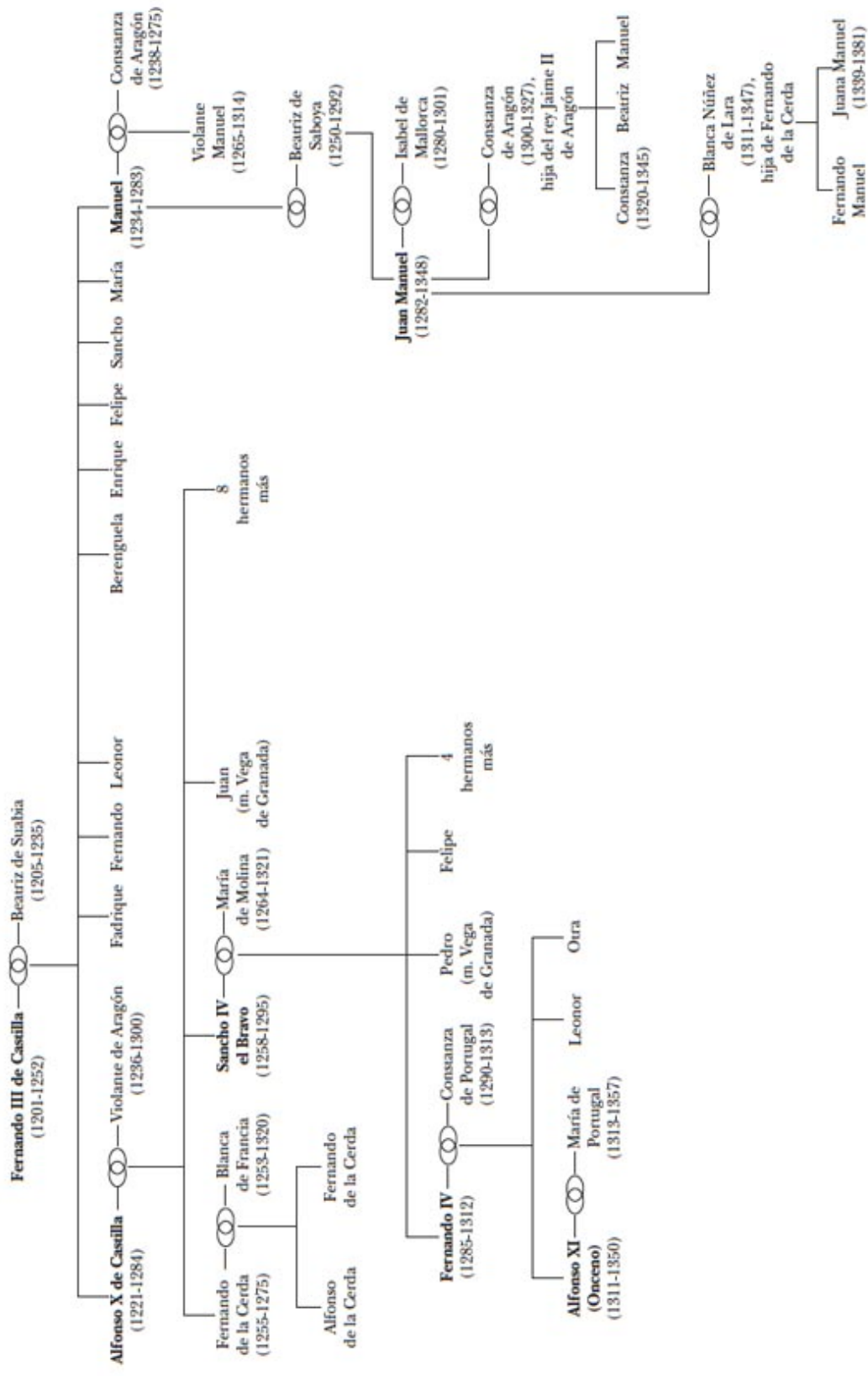
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4764-7

Producido en España

*A mi hijo Blas Carlos Malo Rejón,
que prolongará mi nombre y mi linaje en el tiempo.
Y que quizás en pocos años escribirá libros también.*



EL GUARDIÁN DE LAS PALABRAS

PRÓLOGO

PEÑAFIEL, OCTUBRE DE 1347

Todo comienza con una inquietud. Hasta los más rudos de mis aldeanos sufren inquietudes y angustias por todo aquello que no comprenden. Se cubren de amuletos y farfullan sandeces sobre la luna y las estrellas temiendo la noche mientras de día se arrodillan al paso de los frailes mendicantes. Ven la cruz de nuestro señor y se persignan, porque no entienden sus vidas ni la razón de su existencia. Pero una inquietud puede provocar una pregunta, y esa pregunta puede ser el origen de una acción. Aún hoy, en Peñafiel, rodeado de mis legajos y notas en mis aposentos en esta fría mañana de otoño mientras oigo los repiques de las campanas de los dominicos, retirado de todos y del mundo, me sigo preguntando por qué los hombres mienten. Si hasta los propios reyes engañan, ¿cómo no va a hacerlo hasta el último de mis aparceros! Pero hay mentiras y mentiras. Unas, egoístas, están creadas por las ansias del mundo, por la codicia, la ambición, el deseo de la carne, la razón turbada de los cobardes. De éstas, pesados lastres que curvan espaldas, he sufrido algunas que me han encallecido el alma. Cuando pienso en las afrentas recibidas, miro al cielo y rezo, y te digo con convicción que cuando mis palabras han sonado torcidas no eran de esa clase, sino de la segunda, la de las razones elevadas, porque a veces sólo se puede seguir la voluntad de Dios diciendo una cosa y haciendo otra. Y Él lo sabe, estoy seguro de ello. La edad da certezas que la razón no entiende, amigo mío. Y una cosa es engañar a un torpe campesino, y otra, querer engañarme a mí mismo. Pero los reyes olvidan que su memoria no perdurará. Y que yo escribo.

Entre mis notas antiguas he hallado varias cartas de Constanza, mi hija desdichada. Rezo por ella y por su alma cada día y todavía hoy me pregunto si me confundí al decidir su destino. De entre todos mis hijos, es su recuerdo el que más me atormenta ahora en la vejez. Añoro también a mi mujer, la infanta Constanza. A veces creo sentir su presencia entre estos muros, y yo, al igual que mis plebeyos, ¡créelo!, ahora tengo siempre cerca una cruz bendecida para calmar mi espíritu. Nada tengo que criticarme como padre ni esposo, pero leo sus palabras desvanecidas y me acongojo. Tenían la misma letra dulce además del mismo nombre.

No preguntaré cómo llegaron a tus manos estas notas que ahora me remites de quien fuera mi escribano, ni mencionaré su nombre, porque lo que ha de olvidarse no debe ser recordado. Pero veo sus letras por todas partes. Entre mis papeles, en los códices en los que tanto tiempo estuvo trabajando y en mis manuscritos, y no me resigno a sentir odio, ni remordimiento. Siento un cansancio extremo al recordarlo, quizás porque creí que sería el perfecto guardián de mis letras y mis secretos. Los hombres mienten. Quizá sea que llegué en verdad a estimarlo que por eso me pesa tanto su mentira.

Ahora he de seguir. La vida se consume deprisa. Pronto el mundo dejará de atormentarme. No dejaré nada al azar a mi muerte, ¡y aún tengo tanto por escribir!

Don Juan,
hijo del infante Manuel

PRIMERA PARTE
(1294-1303)

CAPÍTULO 1

UNA ENSEÑA ENSANGRENTADA

MURCIA, 4 DE JUNIO DE 1294

Cientos de campesinos corrieron asustados con sus familias y sus pobres posesiones a buscar refugio en la ciudad. Las puertas aún permanecían abiertas. La hueste castellana había avanzado durante días desde Escalona acumulando caballeros, lanceros y peones, y tras ellos una larga caravana de carretas y acémilas portaba armas, lorigas y suministros. Gómez Fernández no dejaba de observar al adelantado, que cabalgaba ceñudo a su izquierda, delante del pendón de la casa del infante Manuel. Las caras asustadas de los murcianos causaban una profunda impresión en su joven señor, aún muy mozo. Que llevara una espada de renombre, que fuera nieto y primo de reyes no lo hacía más valiente ni sería más diestro frente a los moros de Granada. Los moderados días de la meseta se habían transformado en el camino hacia el sur en jornadas de calor sofocante, preludio del solsticio de verano. Los soldados resoplaban, sudando por la larga marcha apresurada y el sol inclemente. El ayo ofreció agua a su señor, acercándole un rozado pellejo a medio consumir. El joven negó con la cabeza. Gómez Fernández de Osorio bebió y se refrescó el rostro sin dejar de avanzar a caballo entre las palmeras.

* * *

Las murallas de Murcia no habían sido reforzadas en mucho tiempo y Juan Sánchez de Ayala, comendador de la plaza y mayordomo del adelantado, había demandado nuevos dineros para restaurar los muros. La Corona se los había negado. Parecía cosa del diablo. Justo en el momento en el que los nazaríes habían decidido cruzar la frontera. Las

noticias de sus algaradas causaron pánico en la corte del rey Sancho en Burgos.

–Sin duda son murallas recias, aunque sean obra de moros. Y bien que se requieren así, porque Aragón también ansía esa ciudad. Juan Sánchez de Ayala te agradará. Es un buen vasallo y administrador. –El joven señor no respondió–. Ahijado, mañana partiremos a combatir. ¿Estás asustado?

Juan Manuel no dijo nada. Negó por segunda vez con la cabeza, pero su rostro serio estaba pálido y deslizó la mano derecha por la vaina de su espada, buscando una seguridad que no tenía y el calor y la fuerza de su linaje. El gesto no pasó desapercibido a la mirada vigilante del ayo, quien además sabía por el médico que el adelantado llevaba dos días con indisposición de vientre y mal sueño. Pensó que de soldados inseguros estaban las fosas llenas.

* * *

Juan Sánchez de Ayala los recibió a caballo junto a las murallas, tras ser avisado por un mensajero de la proximidad de su joven señor. Descabalgó y besó su mano. La hueste recién llegada recibió órdenes de acampar frente a los muros de Murcia. Sólo el adelantado y su séquito más cercano acompañaron a Ayala hasta el alcázar y agradecieron la sombra fresca de la fortaleza. En la zona de residencia abundaban las mesas y sillas de buena factura y amplios lienzos cubrían las paredes. Se habían dispuesto bebida y carne en abundancia en la gran sala del alcázar, y unos mudéjares tocaban rabeles desde uno de los rincones, amenizando la estancia.

–No descansaremos nada más que lo justo. Ayala, decidnos, ¿son muchos los moros? ¿Se sabe quién los dirige? –preguntó el ayo.

El mayordomo se mesó la barba recortada, ya entrecana, y bebió el vino que le ofreció un sirviente.

–Han entrado por Vera. Son cientos de caballeros; algunos dicen que cerca de mil. Esquilman pagos y quiñones. Saquean alquerías y casas, matan cuanto ganado no se llevan y propagan el pánico y el temor. ¿Os

encontráis bien, adelantado? ¿Los aires del sur no os han favorecido? Bebed, el vino os despejará.

El médico y consejero, que estaba detrás del joven noble, se agachó y habló a su oído en voz baja. Aquél asintió y rechazó la copa que le ofrecían.

—No es conveniente, mayordomo, que don Juan Manuel beba vino ahora. Sufre malestar de estómago y tampoco debiera comer cerdo hasta que se restablezcan sus humores. Quizás un caldo depurativo de acelgas le sentara mejor.

El ayo miró al médico judío con desaprobación.

—Para la batalla se requieren hombres fuertes, ¿desde cuándo las acelgas dan fuerza nutricia? Ahijado, estoy preocupado. No estás en condiciones de seguirnos mañana. Temo por lo que pueda ocurrirte. Sería sensato que permanecieras aquí a resguardo.

El joven noble, contrariado, replicó con voz débil, tosiendo antes de hablar. El jubón le agobiaba.

—Ayo, mayordomo, no temo correr hasta los musulmanes. Ya se me pasará. ¿Qué diría mi primo, el rey, si supiera que no intervengo en cumplimiento de mi cargo cuando me envía por vez primera a la frontera? Hoy no beberé ni comeré si así lo dice maese Zag —el médico judío inclinó la cabeza, agradecido por su reconocimiento—, pero mañana partiré con vosotros, a airear mi espada y mi linaje.

—Sois noble, pero aún mozo, señor. Tememos por vos. ¿Qué edad tenéis? ¿Once años? —preguntó Ayala, haciendo un gesto para que los músicos dejaran de tocar.

—Doce y un mes cumplido —corrigió Zag, inclinándose hacia él y mostrando el *kipé* blanco que cubría su despoblada coronilla.

—Y porto conmigo mi espada Lobera, ¡la espada de Fernando III el Santo, mi ancestro! —exclamó el joven—. Me obliga mi linaje, ¡me obliga la honra!

Gómez Fernández se irguió en la silla apartando el plato succulento y dejando a un lado la copa.

—No irás, ahijado. Aún debes fortalecerte y eres el adelantado de Murcia, y por eso mismo buscarán matarte. ¡Matarte! —Y golpeó la

mesa con un puño cerrado, haciendo saltar la vajilla y sobresaltando al joven noble—. No ha llegado aún el día en que veas batalla. No se trata de montar a caballo y blandir una espada, sino de tener el arrojo y coraje para no huir ni espantarse, ni orinarse ni cagarse en los calzones cuando esos infieles vociferen contra ti y te embistan. Aún estás a mi cargo en minoría y no veo tu pulso firme.

—Pero ayo, ¿y qué dirá de mí el rey mi primo?

—Señor —replicó suavemente el médico, en plena madurez, con sus ojos astutos y oscuros—. El rey sufre mala salud, eso me cuenta mi hermano, y entenderá que mandéis vuestro pendón delante, con Ayala y Fernández, mientras os restablecéis. Tened por sensato esto: que los grandes hombres de armas, si son cabales y prudentes, mandan a otros por delante antes de ir ellos mismos. Por eso mismo el rey os envía a vos. Yo no os veo con fuerzas para enfrentaros a un encarnizamiento.

—Haced caso a sus palabras, don Juan Manuel —apoyó el comendador Ayala—. Tiempo tendréis de curtiros. Estáis aquí, hemos cumplido con el rey. Yo llevaré vuestro pendón y todos verán cómo la gloria que ganemos engrandece vuestro nombre.

El médico volvió a asentir. Si su honra quedaba a salvo nada tenía que objetar y se libraba de un terror que le atenazaba hacía semanas.

—Sea —dijo el joven, sin poder contener un temblor repentino, al que siguió un alivio y un suspiro—. Ayo, Ayala te seguirá en mi nombre. Él ondeará mi pendón.

—Se hará como ordenas, ahijado. Ahora, comamos y bebamos, y brindemos por ti y nuestra victoria, si así Dios lo quiere.

* * *

Desde lo alto de las murallas y junto a su médico, el joven noble observó a su hueste alejarse tras el pendón cuartelado, donde una mano alada sostenía una espada y los leones hablaban de su sangre real. Ante él se mostraban los campos feraces de la vega del río Segura, sembrados de alquerías y palmeras. Hasta donde se perdía la vista y más allá, todo

aquello era suyo, y por eso mismo le remordía haberse dejado convencer.

–Fiel Zag, ahora en Murcia me repudiarán.

–Sois muy joven, no importa cuánto deseéis demostrar que sois un hombre.

–Siento vergüenza. He de preguntarte algo, y no sé cómo. –Su mano derecha no soltaba el pomo de la espada. Zag asintió, comprensivo y paciente–. Sé que debía estar junto a mi ayo, pero a la vez siento alivio de seguir a salvo, y no sé si eso es cobardía.

–Ningún soldado es inmune al miedo, señor Juan Manuel. No sintáis vergüenza. Sois el adelantado, no obstante, y deberéis sobreponeros a él, porque de vos dependerá la guía buena o mala de vuestros caballeros, y esa debilidad es señal de que aún no estáis dispuesto, y ¿deberían vuestros hombres morir por ello?

–No. Creo que ahora ya entiendo lo que dices.

–Si vuestro ayo vence, la gloria será vuestra; si es vencido, no será culpa vuestra. Ved además que los soldados veteranos son más robustos que vos y os superan en muchos años. Debéis enrejar antes de enfrentaros a ellos. Sois joven. Os lo repito: no sintáis vergüenza. Cuando os sintáis más fuerte, llegará el momento de guerrear.

El joven suspiró con el corazón más animado.

–Espero que los dos regresen, médico.

–Seguidme y conoceréis la ciudad. Y así, además, hablaremos.

* * *

La amenaza de la guerra llenaba todas las conversaciones. Los mudéjares murcianos que aún permanecían en la ciudad al cuidado de norias, molinos y acequias callaban con discreción, bajo miradas de reprobación y velado rechazo. Mientras, seguían llegando refugiados indecisos que habían sufrido la algarada de los musulmanes. El médico judío les preguntó para que su joven señor prestara atención. Uno de los campesinos estaba alterado.

–Llegaron con sus veloces caballos, dando grandes gritos. Prendieron fuego a mis graneros y a mi casa. No esperé a que nos hicieran cautivos. Huimos al campo con lo puesto, ocultándonos a su paso entre los herbazales y las quebradas. ¡Dios bendito!

–¿Eran nazaríes o africanos? –preguntó Juan Manuel.

–¡Africanos, de rostros negros y picados de viruela, que se ocultaban tras pañuelos!

–Zenetes, señor –aventuró el judío.

–Atacan, avanzan y, si encuentran resistencia de gente armada, la atraen a celadas y los emboscan. ¿Nos ayudará el rey?

–Para eso está aquí el adelantado –respondió el judío, pero no presentó a su joven señor. Un cuerpo de guardias los seguía como escolta a una distancia prudente.

–¡Dios lo guarde! Pero dicen que aún es muy niño. –Fue entonces cuando el campesino miró a Juan Manuel con suspicacia y calló de pronto. Se retiró el sombrero de paja maltrecha con que cubría su cabeza y, balbuceando perdón, inclinó la cabeza y se apartó de ellos.

–Estos tienen más miedo que yo, Zag.

–¿Verdad que es una ciudad hermosa?

–Sí. Lo es.

–Sabed que dicen los viejos que aquí reinó un rey lobo que la gobernó antes de que fuera cristiana. Y aquí estáis vos, con vuestra espada Lobera. Es una ciudad domada a vuestros pies, rodeada de campos fértiles, herencia de vuestro padre el infante Manuel. No la abandonéis a su suerte. Los lobos aragoneses la ansían, y también los granadinos.

–No lo haré.

–Ahora, he de hablaros del rey. –El judío se aseguró de que estaban solos en la gran sala del alcázar. Cerró las puertas para no ser escuchados por los soldados de guardia–. Sabéis que mi hermano Abraham cuida del rey Sancho. Vuestro primo nunca ha tenido buena salud; y mi hermano me dice que se le está quebrantando más aún. Sé por mi hermano que el rey estará en Valladolid por septiembre, y ése será buen momento para que os encontréis con él, que os vea y os conozca. Vuestro padre el infante Manuel siempre apoyó su causa,

incluso contra la voluntad de su propio padre, el rey sabio. Que vea en vos un apoyo y no un enemigo.

–¿Por qué habría de ver en mí un enemigo? –Se sorprendió el noble casi niño, pero el judío no contestó nada más—. Estoy harto de esperar. Saldré a cazar, ¿no tienen buenos cotos en Murcia? ¿Sí? ¿Entonces por qué niegas con la cabeza?

–Que como adelantado os deis al ocio sin saber cuál será el devenir de los próximos días no os granjeará amistades entre vuestros súbditos murcianos.

–¿De qué me sirve el título, si nada de lo que digo parece contar con vuestra aprobación! Está bien, no saldré. Al menos, que venga mi maestro de armas; con él sí podré desfogarme sin temer a la muerte.

* * *

Al cuarto día las trompetas anunciaron el retorno del pendón de don Juan Manuel. Los hombres llegaban erguidos y orgullosos a pesar del cansancio y de los golpes. La victoria había sido suya. En el alcázar el joven noble abrazó a su ayo y a su mayordomo, contento por el regreso de ambos. El olor rancio del sudor de su protector y las magulladuras que mostraba su rostro lo impresionaron. Eran los signos de los soldados esforzados, de la sangre derramada y de los vencedores.

–¡Ah, ahijado, bien hicimos en no llevarte! Los encontramos acercándose a día y medio de aquí, rodeando las montañas y atalayas. No nos esperaban y no les dimos oportunidad. ¡Vino! –Un sirviente se apresuró a llenarle la copa por segunda vez. Bebió a grandes sorbos y con gruesos borbotones el caldo rubí rebosó de su boca barbada, deslizándose por su garganta y por la sobreveste rasgada y ensangrentada—. Los desbaratamos sin caer en sus engaños y matamos a cuantos pudimos, persiguiéndolos hasta que se agotó el día. ¡Esos africanos aúllan sin temor de Dios y son como demonios cuando se ven rodeados! Se apresuraron a volver sobre sus pasos, temerosos de tu pendón, que no conocían.

–¡Una gran victoria! –recalcó Ayala, cojeando, pero con una sonrisa satisfecha.

–Uno de ellos se detuvo en su huida como si quisiera recordar las manos aladas y los leones; luego continuó la fuga, y sus hombres con él. En la frontera dejé un destacamento para vigilar los pasos que guardan la fortificación de Lorca. Sí, ahijado: tu pendón ha ganado honra, y es toda tuya.

* * *

El joven lo escuchaba absorto en sus palabras, imaginando cuanto le contaba: los caballos musulmanes con sus pinjantes, sus estribos de bronce y sus jinetes de ropajes oscuros portando estandartes con bordados en lenguas extrañas. Recreó el fragor del encuentro con sus caballeros castellanos cubiertos de metal y los pasos firmes de los peones contra las espadas agarenas.

–¿Hicisteis prisioneros, ayo?

–No, Juan Manuel. Ninguno se dejó capturar. Luchan bravos estos africanos, pero una cosa es tener enfrente a campesinos y otra a fieros cristianos armados. El rey Sancho se alegrará de este éxito.

Juan Manuel comparó el robusto brazo de su ayo con el suyo propio. Sí, se esforzaría.

–Ahora, médico –amenazó Gómez Fernández–, mi ahijado brindará con nosotros. ¡Vino! ¡Buen vino!

El judío se retiró con discreción en medio de las risotadas del ayo y del mayordomo. El joven noble gozó del reconocimiento de los hombres de su casa. El calor de la camaradería entre soldados y los múltiples halagos por la batalla ganada le hicieron sentirse eufórico, y rió con ellos y sometió a escarnio y burla a los juglares que los amenizaban y a las sirvientas, que fueron acosadas con lascivia entre grandes carcajadas. El convite lo llevó del éxtasis a la ebriedad e inconsciencia. A la mañana siguiente, se encontró sobre un lecho mullido y con las manos de su médico obligándolo a beber un brebaje

nauseabundo. Cerró los ojos y lo apartó de sí. Se llevó las manos a la cabeza; se sentía terriblemente mareado.

–Por Dios hermoso y todos los santos apóstoles, aparta eso de mí, ¡déjalo! –Su expresión atormentada dio paso a una mirada atrevida y descarada–. Así es la celebración de una victoria. Ahora ya lo sé.

Su rostro se convulsionó y la sonrisa desapareció. Tuvo arcadas y vomitó a un lado de la cama. Zag el judío se mantuvo inexpresivo, pero sus ojos mostraban la previsión de tal desenlace. Al lado del lecho había colocado una gran palangana sobre el suelo embaldosado.

* * *

El regreso desde Murcia al castillo de Peñafiel, próximo a Valladolid, fue triunfal para el joven Juan Manuel. Por donde quiera que pasara, por sus villas y posesiones, sus habitantes celebraban a sus hombres y su pendón, y eso era algo que le gustaba. Ayala permaneció en Murcia, atento a confusas informaciones sobre el interés del Reino de Aragón por la ciudad. El ayo sí cabalgaba a su lado y no se cansaba de contarle sobre la valentía mostrada frente a los africanos infieles.

–Además, deberás aprovechar este momento, ahijado. El rey sigue en Valladolid y aún no te conoce en persona. ¿Qué mejor momento que anunciarte con una batalla ganada y con un regalo?

–¿Un regalo, ayo? No sé a qué te refieres.

–Guardo algo para que se lo entregues y que agradecerá. –Gómez Fernández sonrió. Soltó la mano derecha de las riendas y giró su corpulencia para alcanzar la bolsa que le colgaba detrás del arzón. Abrió uno de los dos broches y de la bolsa extrajo un paño plegado que tendió a su ahijado. El tacto era suave y de un vivo color verde–. Lo recogí tras derribar a su portador cuerpo a cuerpo, así que verás sangre entre esos signos bordados. La suya.

Era un estandarte musulmán de forma triangular con signos en oro.

–¡Te lo agradezco, ayo! ¿Qué significan esto signos?

–Yo no sé leerlos. Harán mención a su profeta, supongo. ¡De poco les sirvió!

* * *

El joven practicó sin descanso durante todo el resto del verano. Quería fortalecerse y dar buena impresión a su primo el rey Sancho, quien lo recibió en el alcázar de Valladolid con sentida alegría. Era robusto, pero un mal parecía consumirlo, según manifestaban sus ojos cansados, la tez cetrina y apagada y el aspecto gastado. Gómez Fernández de Osorio y Zag el judío flanquearon la entrada de don Juan Manuel en el palacio. Las nubes del día no quitaron calidez a su encuentro con el monarca. El joven, presentado por el mayordomo del rey, se arrodilló ante él y besó su mano derecha con el sello regio, pero el rey Sancho lo tomó por los hombros, lo obligó a levantarse y lo abrazó.

—¡Juan Manuel, hijo del infante Manuel! Eres fiel reflejo de tu padre, mi tío, que en gloria esté. He oído que tu pendón hizo retroceder a las gentes del islam que el sultán de Granada envió contra Murcia.

—Mi ayo se portó con honor, señor. Y yo con gusto os entrego la enseña que fue arrancada al enemigo. —El ayo le acercó la prenda, que el rey Sancho examinó a su satisfacción—. La próxima ocasión espero yo mismo verter sangre de infieles.

—Hablas como un hombre, y te escucho —respiró hondo y calló, al tiempo que cerraba los ojos. Un hombre de ascendencia judía y de gran parecido al propio médico del joven noble dio dos pasos hacia él, pero el rey recuperó el resuello y evitó un paso vacilante—. Primo, envidio tu juventud. ¡Buenos médicos aseguran una buena vida! Ah, veo esa luz aún inocente en tus ojos. Cuánto daría por encontrar una mirada así aquí, ¡sí, aquí, en palacio!

Su voz tronó fuerte. Era temido cuando la ira lo dominaba, y en ella se mostraba el carácter fuerte que le había hecho rey como segundo hijo del rey sabio Alfonso, por delante de los infantes de la Cerda, sus sobrinos e hijos del primogénito muerto.

—Acércate, acércate más. Escucha: honra y linaje es lo único que debe temer perder un auténtico hombre. No pierdas nunca el celo por defender tu honra.

–La defenderé siempre, rey Sancho.

–¡Ved aquí a un buen vasallo! –exclamó el rey con furia hacia sus consejeros. Eso levantó un coro de murmullos incómodos. El mayordomo se acercó a él y le mencionó algo al oído. El rey asintió, visiblemente descontento—. Otros asuntos me reclaman, pero luego comeremos juntos. Siempre es motivo de alegría contar con parientes en los que confiar, ¡parientes que escuchan al rey!

El joven noble estaba impresionado por su corpulencia y por sus palabras. Inclino la cabeza, con el corazón galopando en el pecho. Apenas se atrevió a mirar a su alrededor, donde muchos se preguntaban qué futuro le depararía el destino a ese primo del rey que nunca antes había conocido la corte.

CAPÍTULO 2

LA MALDICIÓN DE LOS REYES

CASTILLO DE PEÑAFIEL (VALLADOLID), MAYO DE 1295

–Ahora, declinad conmigo: «Neque porro quisquam est qui dolorem ipsum quia dolor sit amet, consectetur, adipisci velit¹...».

–Oh por Dios, calla, consejero –le cortó el joven Juan Manuel, soltando la pluma con desgana sobre el pliego a medio completar. Empujó la mesa, arrastrando la silla, y se puso en pie–. No apuremos hoy sábado el repaso de las lecciones. ¡Qué día, qué sol entra por la ventana! Y me tienes aquí encerrado cuando afuera mis amigos se solazan con perros y halcones. ¡Basta, ten piedad! Hoy no puedo pensar con claridad.

El judío detuvo su deambular por la cámara y dormitorio. Dos braseros de ascuas caldeaban la fría estancia de gruesos muros de piedra. Un armario abierto mostraba su interior lleno de manuscritos y copias atesoradas sobre anaqueles. La mayoría era herencia del difunto padre del noble. Entre ellas algunas habían pertenecido a su abuelo. Zag pensó cómo contestar para calmar a su díscolo alumno.

–Señor, no debe daros pereza el latín. Quizás deberíais liberaros de esa pesadumbre que parece distraeros. ¿Puedo preguntar de qué se trata?

El joven miraba por la ventana geminada que revelaba más allá de las murallas la amplia llanura de cereal sembrado dominada por Peñafiel. Evocaba recuerdos, y un enigma.

* * *

Después de conocer al rey el último otoño, don Sancho había aparecido de improviso en Peñafiel con toda su escolta, en el solsticio

de invierno. El regio huésped había sido tratado con deferencia. El propio Zag había dedicado lo mejor de su ciencia al monarca, quien había perdido peso y color del rostro. Disfrutó del calor de la lumbre y de su conversación. Tal talante de cordialidad le pareció inusitado después de su primer encuentro. Cuando el rey explicó que viajaba al sur hacia Toledo en busca de buenas aguas y mejor clima, Juan Manuel miró a su médico, quien no ocultó la verdad a sus ojos. El rey Sancho se moría. Pero, satisfecho con todo, palmeó con fuerza la espalda del joven primo.

–Te daré dinero para reforzar las murallas de tu castillo y, además, estoy en buena relación con el rey de Mallorca. Te propongo que te desposes con su hija Isabel, aunque aún sea niña. ¿Ves qué generoso soy? Quiero que aceptes –le había dicho.

–Recuerdo aquellas veladas con sentimientos enfrentados, Zag. Me sentí honrado de su visita y disfrutamos a caballo y con los halcones, pero hay algo que no me desveló. Y no me refiero a sus anécdotas sobre mi padre Manuel o mi abuelo Fernando, o de mi tío Enrique en Tierra Santa.

–¿Qué es, señor?

–No entiendo por qué vino a verme, a mí. Mi abuelo tuvo diez hijos y mi padre fue el último de los varones. ¿Por qué entonces llegarse a Peñafiel, si el tiempo se le acaba? ¿No querría arreglar sus asuntos con sus hermanos, con los infantes de la Cerda y con otros nobles antes que conmigo?

–Ya os lo conté, don Juan Manuel. Mi hermano Abraham me reveló que vuestra franqueza impresionó al rey. Ahora ha nombrado heredero a su hijo, el joven infante Fernando, que no llega a diez años de edad. El rey necesita saber quién lo apoya y quién no, y sus sobrinos los infantes de la Cerda reclaman desde el Reino de Aragón la primacía de la primogenitura perdida, porque aún no dan por perdidos sus derechos a la Corona de Castilla. Creo, señor, que las desavenencias que vendrán en el futuro no se resolverán con sólo palabras.

–Entonces no entiendo qué razón hay para recibir más instrucción en letras. ¡Armas, caballos, gloria! Los libros no me ayudarán a dirigir

hombres.

Por respuesta, el judío se acercó al armario. Cogió uno de los gruesos manuscritos y se lo dio al joven, quien lo abrió con una mirada interrogativa, haciendo crujir las páginas de pergamino. El judío se alarmó y tendió las manos hacia el libro, dejándolas en el aire mientras el joven leía una de las dos columnas de texto con letras capitales miniadas y adornos florales en verde, rojo y azul.

–La *General Historia de las Españas*. Ya sé que es herencia de mi casa. Creí me sacarías otro opúsculo de esos latinos con los que me das lecciones y me atormentas.

–Pero no sabéis por qué lo escribió vuestro tío Alfonso el Sabio.

El joven lo miró, confuso.

–Dímelo. ¿Por qué?

–Para que los hechos de los reyes no se olvidaran. Y ahora está en vuestras manos. En sus años, mi padre me contó que en Toledo se escribía, se traducía y se copiaban éste y más libros, y vuestro tío Alfonso X los enviaba a los reyes de Francia y de Aragón y hasta a Constantinopla, y a cambio aquellos señores le remitían libros propios que hacía traducir y consignar.

El joven siguió leyendo. Deshizo el trecho hasta la mesa y se sentó en la silla sin levantar la vista del manuscrito. Algún fraile bien dotado había iluminado la escritura con una escena. En el dibujo un rey vestido de leones y castillos sostenía su cetro en una corte y parecía escuchar a unos embajadores.

–¿Del imperio de Oriente, dices?

–Sí. Y, si no os lo han dicho antes, os lo diré yo ahora. Vuestro abuelo Fernando III el Santo casó con doña Beatriz de Suabia...

–Eso ya lo sabía yo, consejero.

–... pero no lo que sigue, y es que doña Beatriz era nieta del emperador romano de Constantinopla, y por esa filiación la sangre imperial de los antiguos ha llegado a vuestra familia.

–¿Tengo sangre de emperadores?

–Que amaban el saber antiguo, señor. Y ese saber está en otras lenguas que no son el romance. Algunas las hizo traducir vuestro tío, pero otras

sólo las hizo copiar por escribanos. ¿Y cómo podréis descubrir sus consejos si no os aplicáis a las lenguas? –El judío tomó con suavidad el manuscrito que tenía su pupilo y señor, lo cerró y lo besó. Lo depositó en el armario. El joven seguía sumido en el desconcierto y el asombro—. Si me pidierais consejo, yo os diría: no hagáis caso a vuestro ayo, que con sumar y restar y balbucear el latín ya no quiere aprender más. Los libros son cosa mágica, señor. En ellos perdura la palabra y experiencia de los muertos, y en ellos los que han de venir conocerán a los que ya se fueron. La verdad y la mentira se tergiversan y en los libros lo que escrito está, escrito queda. Sed paciente, que hay tiempo para todo; vos soy noble y no tenéis que desterronar la tierra. Tiempo para cazar con lebreles, para requebrar mujeres, para abatir enemigos y empuñar espada, y también para aprender. Y lo que se aprende, queda para toda la vida. Eso me dijo mi padre, y eso es lo que yo os diría. Que, señor, aprender es señal de alto linaje, y el vuestro lo es.

–Hablas tan bien que convences. –El joven, con bozo incipiente en el rostro, había sentido que viajaba en su imaginación según lo escuchaba. Los libros tenían el don de engañar a la muerte. Su linaje estaba en ellos contenido y había otros tomos que aún no podía leer. Quiso saber más–: ¿Y escribió también mi padre, a quien tú sí conociste?

–No todo cuanto quiso, y eso fue un pesar para él, ya que se dolió de que vos, su hijo, no llegarais a entender sus pensamientos.

Juan Manuel tomó la pluma. Mojó la punta afilada en la tinta férrica y se asentó convenientemente en la silla.

–Maese Zag, prosigue con el dictado, ¡prosigue!

* * *

Aquella conversación caló hondo en el joven noble. Ni siquiera en la excitación de la cetrería, cuando el halcón descendía de los cielos como una centella destrozando el cuello de una liebre desdichada, podía él evitar pensar que aquellos que le precedían ya habían vivido aquello mismo y escrito sobre ello. Pero su ayo se burlaba del judío. Cuando el joven comentaba el progreso de sus lecciones y sus balbuceos en otras

lenguas, Gómez Fernández se reía de él a la par que lanzaba a gritos a los perros a cercar al oculto jabalí en la espesura.

—¡Desengáñate, ahijado, que tanta letra te llenará la cabeza de tonterías y para nada! ¡Lo único que da experiencia es enfrentarse a la vida y correr mundo! —Los perros habían encontrado el rastro del puerco y obligaron a los lanceros a seguirlos en el bosque sombrío. Ayo y señor espolearon a sus caballos—. El día que seas hombre no tendrás tiempo para manuscritos y comprenderás lo que te digo. ¿Tanto gozo te da leer libros añejos? ¿Más que la caza?

—No, ayo —mintió el joven, enrojeciendo con vergüenza bajo su mirada inquisitiva, pero necesitaba disculparse y mostrarse bravo—, no tanto quizá; pero tampoco es desdeñable.

—Escucha: el judío es buen consejero, pero él no entiende de soldados y no debiera llenar tu cabeza de palabras. Baja a la tierra, ahijado, y deja el cielo a los gavilanes. Tendrás hombres y vasallos que atender y sufrir, y dominios y honra que cuidar. ¡Poco te queda de juventud indolente!

El ayo cargó hacia el bosque donde los lanceros ya tocaban un cuerno, avisando de tener acorralada a la bestia. El joven Juan Manuel estaba confuso. Los dos mentores que guiaban su vida hacia la hombría opinaban de manera divergente.

* * *

El jabalí era temible. Estaba acorralado en un pequeño claro en la espesura, semioculto en la oquedad de una encina centenaria. Un perro se atrevió a buscar su garganta con las fauces abiertas. El puerco, con sus colmillos retorcidos, abrió su enorme boca para atraparlo por el cuello y de una cabezada brutal lo arrojó lejos. El can chilló, dejando en el aire un arco de sangre escupido a borbotones de su cuello destrozado, por donde escapaba su vida. Una docena de hombres mantenían a raya al animal, amenazándolo con las puntas de las lanzas. Los demás perros aullaron, acosándolo y confundiéndolo, incitándole a que abandonara su refugio. Ayo y noble descabalgaron y tomaron sendas lanzas que les entregó un servidor.

–Mantén tu cuchillo a mano, ahijado. –Se persignó la señal de la cruz, y Juan Manuel le imitó–. ¡Atento! ¡Ahora, azuzad a los perros!

Las voces y ladridos enloquecieron al animal. El jabalí de lomo plateado y pelaje hirsuto agachó el morro, arruando fieramente, se lanzó hacia adelante con desesperación. Un servidor lo alanceó desde un costado, de lado, distrayéndolo. Otro lo atacó por el otro flanco y el ayo se precipitó hacia él con decisión, clavando su punta profundamente en el cuello del animal. Herido de muerte, aún tuvo fuerzas para empujar su carne contra la punta de acero y arrollar al veterano soldado. Con los ojos ciegos por el dolor se movió hacia adelante varios pasos más hacia el joven. Juan Manuel retrocedió, sin atreverse a oponérsele ni a responder a su ayo. La bestia cayó muerta a sus pies, babeando sangre y expirando al fin. Los hombres lo remataron y sujetaron con toas las fuertes pezuñas antes de rajarle el cuello de lado a lado. Varios contuvieron a los perros, que bramaban excitados. Cuando Gómez Fernández le arrancó los colmillos con su cuchillo, la bestia se removió con una última convulsión de la carne muerta. El ayo tendió los trofeos sangrantes a su ahijado.

–Seguro que esto no lo has leído en los libros. La próxima vez serás tú quien hincue la lanza. ¡Desangradlo y atadlo!

Sólo entonces el joven, mudo, se atrevió a tocar la cabeza enorme y triangular del animal. Palpó su pelaje recio, olió su tufo porcino, sintió el calor de la vida que huía de él. Tendría que tragarse el miedo si quería hacerlo como su ayo. Con decisión. Con voluntad.

* * *

Llegaron al castillo celebrando la cacería y rodeados por los perros. Apenas habían descabalgado en el patio de armas cuando Zag salió a su encuentro, inclinándose ante ellos y frotándose y retorciéndose las manos una contra otra compulsivamente, como una vieja. Los dos nobles lo miraron extrañados. El ayo se quitó los guantes de cuero y los entregó a un criado. Juan Manuel hizo otro tanto.

–¿Qué sucede? ¿Qué significan esos gestos?

–Ayo, señor. Mi hermano me ha mandado un emisario desde Alcalá de Henares que ha llegado corriendo a una partida. Ya lo he mandado de vuelta, para que confirme que partiremos. El rey agoniza. ¡El rey reclama vuestra presencia!

–¿Sólo pregunta por él? –preguntó Gómez Fernández, rascándose la barba poblada de sus mejillas con preocupación.

–«Que corran sin descanso, el alma se le escapa a cada resuello y antes de expirar le urge hablar ante ellos, ¡es su voluntad de moribundo!», me ha escrito Abraham. Y yo también he de acompañaros. Hay caballos frescos preparados. ¿Comeréis algo antes? Ya declina la tarde.

–¡No! –ordenó Juan Manuel, recuperando los guantes–. ¡Traed nuestras armas, que aparezcamos dignos, y los caballos! El rey ha hablado. ¡He de oír lo que quiere decirnos!

* * *

De villa en villa recorrieron el camino al centro del reino. El rey había dejado Toledo con destino a Burgos junto a la reina María, aparentemente con mejor salud, pero al poco había perdido súbitamente la consciencia y en Alcalá de Henares, urgentemente, la comitiva hubo de detenerse. Uno de los freires que lo acompañaba hizo que lo llevaran a la casa de su orden. No era una recaída más; era la última. Con toda la urgencia que pudieron, noble, consejero y ayo llegaron a la ciudad y entraron en la casa donde el rey yacía entre grandes dolores. En la antecámara, la reina María de Molina y sus doncellas, vestidas de luto, rezaban el rosario junto al arzobispo de Toledo y dos diáconos. Sus rostros mostraban los surcos salados de las huellas de las lágrimas. El joven Juan Manuel besó la mano de la reina y preguntó con voz temblorosa:

–¿Dónde está? ¿Llegamos tarde...? ¿Hemos venido con premura suficiente?

–No llegáis tarde. Aún está entre los vivos, pero... –La reina suspiró y se detuvo–. Pasad, pasad inmediatamente. Os están esperando.

* * *

El rey no estaba solo. Abraham, su médico, lo atendía en todo momento. Junto a él estaba el camarero mayor del reino, un abad y otro alto noble. Juan Manuel se encontró allí con su mayordomo, Juan Sánchez de Ayala, que había corrido desde Murcia al requerimiento real y también el anciano Alfonso García, a quien besó la mano. Era otro de sus tutores, y el hombre lo abrazó al reconocerlo con su mala vista, su espalda encorvada por lustros de vida difícil, su rostro arrugado y sus manos temblorosas de venas marcadas.

—¿Cómo vos por aquí? —murmuró el joven, emocionado.

—El rey así lo ha querido.

El rey contuvo la respiración, y luego, con un estallido ronco, despertó del intranquilo dormir que lo tenía postrado entre almohadones. Los braseros templaban la sala. A pesar del día soleado el aire era frío y los hombres recios temieron que entre ellos estuviera ya la muerte dispuesta con su guadaña. El rey abrió los ojos tras esputar un moco espeso que Abraham limpió. Su hermano Zag lo ayudó a incorporar un poco al enfermo y el rey tendió la mano derecha a su primo recién llegado. Gómez Fernández animó a su ahijado a acercarse al moribundo. Juan Manuel besó la mano ofrecida y se arrodilló junto a la cama.

—¡Mi señor y rey!

—¡Ah, primo, has llegado! Y en buena hora. No espero vivir mucho más. —Su voz sonaba rota, ronca y gastada, y en su mirada buscaba descargar su conciencia. El joven frente a él había crecido y lo miraba con ojos compasivos. El rey, haciendo un gran esfuerzo, lo tomó por un hombro y lo abrazó, y lo hizo levantarse para sentarlo junto a él a un lado de la cama—. A todos, tengo mucho que contaros y quiero que lo oigáis de mi propia boca. Primo, me ves morir y nada puede hacerse, porque no es muerte de enfermedad, sino que es muerte merecida por mis pecados y por la maldición que recibí de mis padres, por rebelarme contra mi padre Alfonso X el Sabio.

Una tos detuvo sus palabras y tan fuerte fue, como si quisiera arrancar un mal agarrado de su pecho que no quisiera soltarse, que cuando paró quedó como inánime. El duelo y el quebranto se apoderaron de todos